

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO C)

El camino de Jesús fue un camino de oración. Lucas es el evangelista que más veces hace alusión a Jesús orante, tanto en comunidad como en solitario, en momentos de alegría o de crisis.

Las lecturas de hoy nos recuerdan que también el nuestro debe ser camino de oración.

El domingo pasado, con la escena de Marta y María, nos recomendaba Jesús saber escuchar la Palabra. Hoy nos ayuda a entender la importancia de la oración en nuestra vida, enseñándonos el Padrenuestro y también indicándonos las cualidades que debe tener nuestra oración.

Primera lectura: Génesis 18, 20-32: “Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más”

El diálogo entre Dios y Abrahán es una magnífica manera de expresar en lenguaje humano la relación que se establece entre Dios y el hombre en la plegaria de petición. Todo se apoya sobre la fe en la misericordia y la justicia de Dios, y en el conocimiento de su designio de salvación. El hombre, por su lado, busca identificarse con las actitudes de Dios.

El diálogo entre Abrahán y Dios (18, 23-33) ensalza la justicia del Señor y el poder de la oración. A la justicia que castiga a todos por el pecado de algunos, se opone la de perdonar a todos por un mínimo de justos. A éste último tipo de justicia pertenece la de Dios, que no es, por tanto, una justicia esencialmente punitiva, sino más bien salvadora.

Abrahán, humilde y audaz, quiere salvar a Sodoma, síntesis del pecado, sin más armas que la osadía de su oración. Su actitud desveló que la justicia del Dios de la Biblia se manifiesta, no en el castigo de los culpables, sino en el perdón por amor de los inocentes.

Quizá en favor de la claridad, como hacen muchas biblias, sería conveniente analizar conjuntamente los versículos 17-33 de este capítulo 18 del Génesis. La Liturgia de la Palabra sólo nos presenta los versículos 20-32.

Nos detenemos un poco en presentar los versículos 17-19, aunque no formen parte de la Liturgia de la Palabra.

Dos soliloquios del Señor sirven de intermedio entre la promesa del hijo (así terminaba la lectura primera del domingo anterior) y la destrucción de la ciudad de Sodoma.

En el primero (Gn 18, 17-19) Dios elogia a Abrahán, su elegido, su hombre de confianza, futuro maestro de Israel, a quien revela sus proyectos. Este monólogo hace hincapié en la relación especial con el patriarca, introduciendo su papel de intercesor.

El segundo soliloquio (Gn 18, 20-21) retrata al Señor como si fuera “ *un dios ignorante*” que investiga la culpabilidad de Sodoma. El juez divino ha de cerciorarse del crimen cuyos ecos han llegado a su oídos; de ser verdad, el castigo será tremendo.

20. *En aquellos días, el Señor dijo: la acusación contra Sodoma y Gomorra es fuerte y su pecado es grave:*

21. *Voy a bajar, a ver si realmente sus acciones responden a la acusación y si no, lo sabré.*

Hablando consigo mismo, Yahvé se pregunta si debe o no revelar sus planes a Abrahán. En el próximo Oriente antiguo, el siervo del dios o del rey era también el amigo que tenía acceso a sus planes. Yahvé se autoconvence de que, dado que el pueblo de Abrahán se hará grande entre las naciones, su siervo es digno de recibir el don de conocer los secretos divinos. Más aún, puesto que el pueblo “*deberá actuar con justicia y rectitud*”, es conveniente que el fundador vea ahora como Dios actúa con justicia castigando únicamente a los pecadores.

La escena siguiente ha quedado reflejada en una de las páginas más bellas de la Biblia donde se superponen dos aspectos maravillosos en relación con el Señor: la justicia al estilo de Dios y el poder omnímodo de la oración; misión del elegido y capacidad de cambiar la decisión del Altísimo.

Todo se desarrolla en un diálogo franco y sencillo entre Dios y su amigo (Gn 18, 23-32). Se plantea la forma de entender la justicia divina frente a la establecida en las religiones vecinas. A la justicia, que castiga a todos por el pecado o falta de la mayoría, se opone la justicia según Dios, dispuesto a perdonar a todos si encuentra un mínimo de personas justas. En este contexto se entiende que acepte la insistencia de Abrahán.

Abrahán, humilde y audaz, pretende ser vehículo de bendición para Sodoma, en la línea de las promesas. Quiere salvar a Sodoma, que representa a la humanidad pecadora. Abrahán apela a un tipo de justicia cercano a la misericordia.

22. *Los hombres se volvieron y se dirigieron a Sodoma, mientras el Señor seguía en compañía de Abrahán.*

23. *Entonces Abrahán se acercó y dijo a Dios: ¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable?*

Abrahán quiere saber si el juez de todo el mundo actuará con justicia. El patriarca, aun siendo consciente de la distancia que existe entre él y Dios, se atreve a negociar con Yahvé (vv. 27-32) hasta llegar al extremo de que sólo bastaría que hubiera diez justos para evitar la destrucción de la ciudad. El número diez es el límite máximo al que puede llegar Abrahán; por debajo de ese número, Dios puede salvar a determinados individuos, como ocurre con Lot.

Sodoma es la región que Lot elige para sí, al separarse de Abrahán: “*Lot levantó los ojos y vio toda la vega del Jordán, toda ella de regadío - eran antes de destruir Yahveh a Sodoma y Gomorra - como el jardín de Yahveh, como Egipto, hasta llegar a Soar. Eligió, pues, Lot para sí toda la vega del Jordán, y se trasladó al oriente; así se apartaron el uno del otro.*” (Gen 13, 10-11).

La separación no desliga a Abrahán de su sobrino; por el contrario, éste le liga a él con esa tierra.

Sodoma es el lugar del encuentro entre Abrahán y Dios. En términos judiciales se la define como una ciudad que ha sido acusada, y Dios va a comprobar la veracidad de esa acusación. Siguiendo en el mismo plano de lenguaje,

Abrahán se constituye defensor, haciendo uno de la oportunidad que Dios le ha dado. Sodoma es en esta historia, más que una ciudad real, una figura estilizada de la perversidad, una representación de Canaán y de su población pecadora.

La intercesión de Abrahán está coloreada por los rasgos judiciales del contexto convencional en que le pertenece el papel de defensor. Su forma de preguntas retiene a Dios largo tiempo en diálogo a propósito de Sodoma. Las preguntas son un tenso regateo sobre el número de justos que sería suficiente para salvar a la ciudad.

Abrahán, al preguntar, se mantiene en dos principios: la justicia de Dios y la solidaridad de los justos con los pecadores en beneficio de éstos. Si Dios destruye la ciudad y hay en ella justos, la justicia de Dios sería con ellos injusticia; los pecadores los arrastrarían en su suerte. ¿Por qué no ha de valer la solidaridad a la inversa y que los justos salven consigo a los pecadores? Y la justicia de Dios ¿por qué ha de manifestarse precisamente en vindicar el mal y no en justificar a los que no tienen en sí sino injusticia?.

32. Abrahán continuó : Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más .¿ Y si se encuentran diez? Contestó el Señor: en atención a los diez no la destruiré.

Abrahán se detiene en el número de diez y Dios sigue accediendo. No descende de ahí. El autor de los poemas del Siervo de Yahvé: afirmará que el uno puede salvar a la totalidad .

Con todo Abrahán es el que con lenguaje audaz y suplicante se pone delante de Dios, para buscar la bendición a favor de una humanidad que con su pecado está en condición de maldición. Abrahán responde al propósito de su inicial vocación: “*Para que en ti se bendigan todos los pueblos de la tierra*”.

Muy oportuno el estribillo del salmo responsorial: “*Cuando te invoqué, Señor, me escuchaste*”

La experiencia de la protección constante de Dios se traduce en las palabras del salmista. Podemos poner en boca de Abrahán esta respuesta.

Segunda lectura: Colosenses, 2, 12-14: Sólo en Cristo está la plenitud

Estos versículos forman parte de una perícopa mayor: 6-23: *Sólo en Cristo está la plenitud*. Existe una problemática en la Iglesia de Colosas. Hacemos un resumen para así comprender el contexto de los versículos 12-14.

El apóstol no se cansa de exhortar a los fieles de Colosas a que se mantengan firmes en la fe y se comporten conforme a las exigencias de esa fe. Todo con un talante de acción de gracias como corresponde a una fe que es un don de Dios.

No es fácil determinar en qué consistían los errores de los falsos doctores de Colosas. El autor no hace una exposición detallada de los mismos y se limita a refutarlos sólo indirectamente, afirmando el papel de Cristo en la creación y en la redención.

La supuesta filosofía parece que veía bajo “*las potencias cósmicas*” fuerzas angélicas que gobernaban el cosmos, y que los judíos habrían convertido en guardianes o defensores de la ley. Consideradas partícipes de la “plenitud” de la divinidad, los doctores de Colosas les atribuían la sabiduría y el poder que podía

llevar a los hombres a la perfección, y por eso había que congraciarse con ellas, dándoles culto.

Pablo reacciona con valentía, pues la figura de Cristo queda mermada en su dimensión salvífica; de aquí estos tres versículos cristológicos.

12. Hermanos: Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resucitado con él, porque habéis creído en la fuerza de Dios que lo resucitó.

Quizá desarrolla mejor esta idea san Pablo en la Carta a los Romanos, 6, 3-6.

Bautizados en su muerte: el rito de la iniciación cristiana introduce al ser humano en la unión con Cristo que sufre y muere. La frase de Pablo es audaz; quiere destacar que el cristiano no se identifica meramente con el “Cristo que muere” que obtuvo la victoria sobre el pecado, sino que es introducido en ese acto mismo por el cual se obtuvo dicha victoria. De ahí que el cristiano este “muerto al pecado”, asociado con Cristo precisamente en el momento en que éste llegó a ser formalmente Salvador.

El rito bautismal representa simbólicamente la muerte, sepultura y resurrección de Cristo; el convertido desciende al interior de la pila bautismal, es cubierto con sus aguas y emerge a una vida nueva. En ese acto se pasa por la experiencia de morir al pecado, ser sepultado y resucitar como Cristo. Como resultado de todo ello, el cristiano vive en unión con Cristo resucitado, unión que encontrará su término cuando un día el cristiano “esté con Cristo” en la gloria.

También nosotros vivamos una vida nueva: “caminemos en novedad de vida”. El bautismo produce una identificación del cristiano con Cristo glorificado, posibilitando que aquél viva en realidad con la vida de Cristo mismo.

Sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado.

El yo que fuimos en otro tiempo: “el hombre viejo”, el yo sometido a la dominación del pecado y expuesto a la ira divina, en cuanto opuesto al “hombre nuevo”, que vive en unión con Cristo y está por él liberado del pecado y de cualquier consideración de éste, fue crucificado con él

Para acabar con nuestro yo pecador: “*con el cuerpo de pecado*”. Esta expresión no denota simplemente la parte material del ser humano, en cuanto opuesto al alma, sino la totalidad del ser terreno, dominado por una propensión al pecado.

En Col. La resurrección con Cristo se describe como algo que ya ha tenido lugar. Este cargar el acento en el presente quizá se deba a los errores de Colosas, donde muchos no tenían suficiente conciencia de los efectos actuales de la muerte y resurrección de Cristo.

porque habéis creído en la fuerza de Dios que lo resucitó: Fuerza, energía (poder activo) es un término favorito en san Pablo. Puesto que la mención del Espíritu es poco frecuente en Col, le sustituye el gran poder de Dios que actúa en Cristo. Esta insistencia en el “poder” tendría por objeto contrarrestar los temores frente a amenazas de poderes invisibles.

13. Estabais muertos por vuestros pecados, porque no estabais circuncidados; pero Dios os dio vida en Cristo, perdonándoos todos los pecados.

La incircuncisión de vuestra carne: es un símbolo del alejamiento de Dios. “Y a vosotros que estabais muertos en vuestros delitos y pecados,” (Ef 2, 1).

Pero Dios os dio vida en Cristo, perdonándoos todos los pecados:

Pablo está jugando con la palabra “*circuncisión*”. Para los judíos era importante, necesaria la circuncisión de la carne, la marca en nuestro cuerpo. Pablo empleando esta palabra, le da otro sentido, no ya material, sino espiritual, no se trata de algo que repercute en nuestro cuerpo, sino en nuestro espíritu. Los Colosenses eran “*incircuncisos*” en el doble sentido de la palabra: material y espiritual. Cristo hizo que ellos, que estaban muertos, por ser “*incircuncisos*”, recibiesen una vida nueva, no la que viene de la circuncisión de la carne, sino del espíritu.

14. Borró el protocolo que nos condenaba con sus cláusulas y era contrario a nosotros; lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz.

Dios “canceló el documento de nuestra deuda”. Este documento (“*acta*”), que Cristo canceló “*clavándolo en la cruz*”, alusión a su muerte redentora: “*y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, A quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente,*” (Rom 3, 24-25).

Se trata naturalmente de una metáfora. Muchos piensan que se trata de la cancelación de la Ley antigua, que nos mantendría en esclavitud y podría engendrar la muerte: “*La ley, en verdad, intervino para que abundara el delito; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*” (Rom 5, 20).

En la angelología contemporánea (a la Carta a los Colosenses) los ángeles anotaban en un libro los pecados de los hombres. De ahí podría venir cierto poder excesivo concedido a los ángeles entre los doctores de Colosas. Las potencias angélicas estarían encargadas de hacer ejecutar escrupulosamente las prácticas y de castigar a los que se rehúsan.

Evangelio: Lucas, 11,1-13: “Pedid y se os dará”

El relato del viaje a Jerusalén se enriquece ahora con un nuevo episodio, en el que Jesús, a petición de sus discípulos, les enseña a orar (Lc 11, 1-4).

El “Padrenuestro” es el primero de un conjunto de tres pasajes dedicados a la oración;

Le siguen la parábola del amigo impertinente (Lc 11, 5-8)

Y ciertas máximas sobre la eficacia de la oración (Lc 11, 9-13), que alcanzan su punto culminante en la donación del Espíritu, el don supremo que dará el Padre a los que se lo pidan (Lc 11, 13b)

1-4 (*El Padrenuestro*) : La Antigüedad cristiana nos legó tres formulaciones distintas del “*Padrenuestro*”. La más concisa es la de Lucas, que consta de cinco imperativos ; la de Mateo (Mt 6, 9-13) es más extensa, con siete imperativos, y , finalmente, la más amplia de todas, también con siete imperativos y, además, una doxología, se encuentra en la Didajé 8, 2.

En el Evangelio según Mateo, esta oración es parte del discurso de la montaña, y se presenta como un ejemplo de trato íntimo con el Padre, en oposición al exhibicionismo de los hipócritas (Mt 6, 5-6) y a la palabrería de los paganos (Mt 6, 7-8)

En la versión de Lucas, la oración consta de los elementos siguientes: *una invocación* (“¡ Padre!”); *dos aspiraciones* explícitamente dirigidas a Dios, en segunda persona del singular, y *tres peticiones*, que se le plantean en primera persona del plural.

Con la oración del “Padrenuestro”, Jesús enseña y autoriza a sus discípulos a dirigirse a Dios como “Padre”, precisamente con el título que él mismo acaba de emplear para alabarle y darle gracias (Lc 10, 21), y que resonará de nuevo en los momentos más difíciles de su existencia (Lc 22, 42; 23, 34.46)

1. *Una vez que estaba orando en cierto lugar, cuando terminó , uno de sus discípulos le dijo; “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos”*

Los discípulos, impresionados por el ejemplo, tan frecuente en el Evangelio según Lucas, desean imitar al Maestro en su comunicación con Dios. Pero no es ése, precisamente, el motivo que aducen.

Como Juan enseñó a sus discípulos: En Lc 5, 33: “*Ellos le dijeron: Los discípulos de Juan ayunan frecuentemente y recitan oraciones, igual que los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben*”

Se mencionan las oraciones de los discípulos de Juan. Pero en ningún sitio se da una referencia concreta sobre el contenido o las modalidades de esa oración ni sobre el hecho mismo de esa enseñanza del Bautista.

2. *El les dijo: “Cuando oréis decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino,*

Ninguno de los dos evangelistas insiste en la obligación de orar; pero la formulación de Lucas presenta el “*Padrenuestro*” como el modelo de toda oración del cristiano, mientras que Mateo sólo la ofrece como un ejemplo de oración.

A Dios no se le llama “*Padre*” en el sentido veterotestamentario de origen de la colectividad racial, de instaurador del pueblo elegido o de señor de la alianza.

En la comunidad cristiana, dirigirse a Dios con el apelativo de “*Padre*” implica una intimidad con Dios , afín a la que tiene el propio Jesús; Dios no es solamente una personificación de la trascendencia, cuyo señorío se eleva sobre los cielos, sino un ser cercano que se preocupa del hombre y cuida de él , como un padre cuida de su hijo

Santificado sea tu nombre, venga tu reino:

Las dos frases desiderativas: *oréis decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino*, expresan una alabanza a Dios, que brota del seno de la comunidad cristiana, consciente de su filiación. El contenido de esas aspiraciones supera las

capacidades del ser humano; el único que puede darles realidad cumplida es el propio Dios.

Cuando la comunidad cristiana reivindica la santidad del nombre de Dios, pidiendo al Padre que manifieste esa cualidad de su ser, lo que desea es que esa manifestación resplandezca primariamente en la actividad de Jesús e incluya, al mismo tiempo, la actuación de sus discípulos

El segundo deseo de la comunidad orante tiene como objetivo: “*tu Reino*”; es decir, que la soberanía absoluta de Dios sobre el acontecer humano llegue a su plena madurez escatológica y se manifieste como realidad consumada.

3. *danos cada día nuestro pan del mañana,*

4. *perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación*”

La segunda parte de esta oración comunitaria, en la versión de Lucas, completa la alabanza a Dios con una serie triple de peticiones.

La comunidad de discípulos depende esencialmente del “Padre”. Por eso tiene que pedirle que socorra sus necesidades diarias de sustento; tiene que implorar su perdón, ya que el pecado es una realidad esencialmente humana, y tiene que rogarle que no la enfrente con situaciones en las que pueda peligrar su actitud de entrega y de confianza en el “Padre”.

Como complemento de la segunda petición se añade una frase explicativa, que manifiesta la actitud de la comunidad; también los discípulos perdonan a todo el que les hace el mal. No se puede entender como una exigencia recíproca, en sentido de *do ut des*, ni como “condición”; más bien es consecuencia de un profundo convencimiento de que no se puede esperar el perdón de Dios si se rehúsa

El perdón humano. La petición despierta una nueva sensibilidad para comprender que la paternidad de Dios implica un reconocimiento de la fraternidad humana.

La triple serie de peticiones expresa, por un lado, una confianza inquebrantable, y por otro, la convicción de que la súplica será escuchada

Dos de las peticiones se hacen eco de una experiencia fundamental del antiguo Israel. La travesía del desierto quedó marcada por una intervención de Dios, con la que proveía diariamente a las necesidades físicas del pueblo: “Yo haré llover pan del cielo; que el pueblo salga a recoger la ración de cada día. Lo pondré a prueba a ver si guarda mi ley o no” (Ex 16, 4; cf. Sal 78, 24)

La parábola del amigo impertinente (Lc 11, 5-8)

La parábola cuenta lo que le pasó a un amo de casa que, a media noche, recibió la inesperada visita de un amigo y se dio cuenta de que no tenía nada que ofrecerle como muestra de hospitalidad.

La narración sólo aparece en el Evangelio según Lucas. La función más significativa de esta parábola consiste en dar todo su relieve a la “*insistencia*” con la que el hombre tiene que dirigirse a Dios. La temática, como se ve, es característica del tercer Evangelio, y contrasta significativamente con el principio enunciado por Jesús en Mt 6, 8: “*Vuestro Padre sabe lo que os hace falta, incluso antes de que*

se lo pidáis” Por consiguiente , el énfasis de la narración está en esa certeza absoluta de que la oración será escuchada.

9-13: eficacia de la oración

El tercer pasaje sobre el tema de la oración (Lc 11, 9-13) está íntimamente relacionado con los dos precedentes. De hecho, la primera máxima de Jesús (9-10) da un relieve particular a la necesidad de insistir con perseverancia en la oración.

9. Pues así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.

10. Porque quien pide, recibe; quien busca, halla; y al que llama, se le abre.

Aparte de la anterior parábola, *yo os digo*: Los verbos van en imperativo: “*pedid... buscad... llamad...*” ; además, estos verbos van sin complemento , lo que indica que Jesús no enseña qué se debe pedir, sino cómo. Tampoco garantiza que esté asegurado lo que se pide, sino que inculca la fe en la constante y eficaz atención paternal de Dios

En los vv. 11-13 se establece una comparación entre el Padre del cielo y la paternidad humana.

11. ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente?

12. ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?

En nuestra perspectiva humana, resulta inconcebible que un padre, cuando su hijo le pide algo de primera necesidad, como el pan o pescado, le dé otra cosa de apariencia muy semejante, pero que puede ser nociva para la salud. No hay duda de que el padre no osará engañar a su hijo y le dará lo mejor que tenga. Pues eso mismo es lo que hace Dios, que sólo les dará el don más preciable, su propio Espíritu.

¿O si le pide un pez, le dará una serpiente?: El término de comparación está en la aparente semejanza entre ambos objetos. Se han dado caso de pescadores, en el lago de Genesaret, que han cogido unas culebras de agua, que se alimentan de pececillos a modo de cebo.

¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?: Se dice que los alacranes, cuando contraen las patas y la cola, forman una especie de esfera semejante a un huevo.

13. Si vosotros , pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿ cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”

En Mt 7, 11 leemos: “*Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!*”

Para la teología de Lucas, las “cosas buenas” pueden acarrear problemas al discípulo. Como respuesta a las oraciones de los discípulos, que quieren orar, vivir y actuar como hizo lo hizo Jesús, Dios les otorga el don del Espíritu Santo tras la resurrección. El don del Espíritu Santo resume todo cuanto se da a la comunidad de Jesús: alegría, fuerza, valentía para dar testimonio, y, por consiguiente, para vivir.